

te—otra vez, según Berlin— el militarismo y las guerras de conquista, pues éstas minan la autoridad legítima y los valores cristianos. Si Maistre presagió el fascismo, fue con una diferencia. El saber qué tan significativa era esa diferencia y si hubiera sido suficiente para enderezar los impulsos más “crudos” del fascismo, es una buena pregunta —y Berlin la pudo haber resuelto de haber acabado o ampliado su ensayo.

Ojalá que ésta no sea la última entrega de *Escritos escogidos* de Berlin. Si en este volumen hay muchas repeticiones, como entre los diversos volúmenes—el ensayo sobre nacionalismo que aparece aquí es sustancialmente el mismo que aparece en *Contra la corriente*—, también hay omisiones notables, temas sobre los cuales sería fabuloso conocer la opinión de Ber-

lin. Por ejemplo, en ninguno de estos volúmenes hay una sola referencia a Michael Oakeshott, filósofo político británico cuya crítica al racionalismo recuerda la crítica al utopismo de Berlin. Comprenderíamos mejor a Berlin y a Oakeshott si supiéramos en dónde están de acuerdo y en dónde no, y por qué el antiutopismo en común desembocó en conservadurismo en un caso y en otro en liberalismo. Sería también interesante oír a Berlin opinar sobre religión, un tema mencionado de paso en estos volúmenes y sin duda de gran interés para un historiador de las ideas. Si Berlin nos ha regateado la obra importante que nos habría gustado leer, tal vez él, junto con su editor, nos obligue con un sexto volumen en esta serie de cuatro.

Mientras tanto, aquí tenemos estos otros volúmenes, los cuales

contienen algunos de los ensayos más notables de nuestra época: el ensayo sobre Tolstoy en *Pensadores rusos*, con su título inolvidable, “El erizo y la zorra”; y la narración memorable, en *Impresiones personales*, de sus encuentros en 1945 y 1956 con Boris Pasternak, Anna Ajmatova y otros escritores rusos que luego desempeñaron un papel muy relevante en la cultura disidente. Los recuerdos en este último libro, los que dan testimonio de una vida activa, rica y variada, acaso lleguen lo suficientemente lejos para explicar por qué Berlin no escribió el gran libro que se esperaba de él, y en cambio produjo una obra que se apreciará durante mucho tiempo.

Tomado de *The New York Times Book Review*. Traducción de Antonio Saborit

Retrato de familia

Julia Tuñón

Seminario de Historia de las Mentalidades, *Familia y poder en Nueva España. Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH, 1991.

Con motivo de la lectura de este libro le pregunté a mi sobrino de diez años qué cosa era una familia. Su respuesta fluyó automáticamente, como las cosas de las que se parte sin necesidad de pensarlas: “es un grupo de personas: el papá, la mamá y los hermanos”. Le pre-

gunté entonces para qué se juntaban y dijo que “porque el papá y la mamá se quieren mucho y quieren estar juntos y felices toda la vida y tener hijos”. No cabe duda que la infancia es un país envidiable. Mi sobrino respondió con la imagen ideal, la que opera en nuestro tiempo, la que transmiten los medios de comunicación de masas, también la del deseo (y el deseo es otra suerte de realidad) de niños y adultos. Pregunté a otras personas: un alumno universitario me respondió que era la unidad básica de la sociedad y se reunía para permitir

la reproducción humana, otorgando prole, casas limpias, descanso y afecto. Otro estudiante fue más radical, contestó que era una instancia opresora, base de la gran mayoría de los problemas que hacen sufrir al hombre y que las parejas formaban familias por su incapacidad de vivir individualmente y en libertad. Este chico toma un cabo de la polémica surgida en gran medida del psicoanálisis y florecida a la sombra de la antipsiquiatría, la idea de que la familia propicia la enfermedad. Otra línea psicológica dice lo contrario: la familia es un

requisito para la seguridad infantil y, por ende, para la salud del adulto.

Parece evidente que el tema está abierto a la discusión. Braudel hacía notar en 1982 que mayo del '68 debe considerarse una revolución comparable al Renacimiento, por cuanto da cauce a un cambio radical de costumbres, en la sexualidad, las relaciones padres-hijos y la organización de la familia.¹ Por otro lado, en países como el nuestro la crisis de la institución se suma al hecho de que en algunos sectores ésta nunca alcanzó a cuajar. Parece evidente que la descomposición del modelo de la familia nuclear llega también a los sectores medios, de manera que la imagen de la madre sola, o del padre solo con sus hijos es cada vez más frecuente.

Es obvia la crisis de la familia en nuestro tiempo, y eso vulnera la idea de su necesidad, bondad y eternidad. Un primer mérito de este libro es recordarnos que la familia no es algo natural y eterno, sino una construcción social y, como tal, inscrita en un contexto histórico y determinado por un proceso particular.

La historia de las mentalidades ha tenido la virtud de estudiar ese y otros temas, algunos lindantes con la zoología humana, dotándolos así de su densidad histórica. Temas que atañen a las emociones o instintos como el miedo o el poder (relación humana que campea en múltiples terrenos) y que se nos muestran, además, como procesos sociales. En esta segunda mitad del siglo en que el cuerpo también se atiende, vemos que la inquietud redunda en clases de aerobics, dietas, masajes y flagelos tanto como en el análisis histórico.

Estos temas se proyectan a un espacio y tiempo del pasado, pero la inquietud, el motor que los echa

a andar proviene de nuestro presente. Por eso podemos constatar que, como tanto se ha dicho, toda historia es contemporánea, surge de las preocupaciones de su entorno, de las preguntas que en él se formulan, de las dudas y los temores de los vivos que buscamos, en los muertos, las astillas del andamiaje que nos llevó a las construcciones que hoy en día nos troquelan.

Por eso la historia de las mentalidades ha tenido tanto éxito, ha convertido a algunos de sus libros en auténticos *best-sellers*. La historia de las mentalidades plantea otra lectura del pasado, diferente a la que ofrece el lente de la economía o la política, sin negarlas, en el mejor de los casos. Busca, como toda historia, al hombre en sociedad, pero busca del hombre aquellos actos, creencias, valores que sustentan su mirada del mundo y sus posibilidades dentro de él. Le Goff ha dicho que el término "Mentalidad recubre un más allá de la historia",² pretende satisfacer las curiosidades de los historiadores decididos a ir más lejos.

Naturalmente que esta tendencia, auspiciada por la tercera escuela de los Anales, tiene sus problemas teóricos: necesita afilar sus herramientas para que los resultados, además de ser interesantes o sugerentes, permitan una explicación y, por ende, la comprensión de esa pasta peculiar del hombre, esa pasta que se busca.

Preocupación fundamental es la precisión del objeto de estudio: ¿debe atender lo racional? ¿no está hecho el hombre, acaso, también de sentimientos y emociones que tantas veces determinan sus actos? Parece ya evidente que la mente no incluye sólo la razón y que sus ingredientes no pueden separarse con bisturí, porque están interrelacionados. Aun para el

análisis este recurso debe hacerse con cuidado. La temática de la historia de las mentalidades no se refiere a un sistema de ideas organizado, sino a aquellas no sistematizadas ni necesariamente conscientes, que incluyen los valores, afectos, emociones y que se traducen en comportamientos, prácticas y actitudes. En sus afanes incluye la "sentimentalidad" (término más amplio que "sensibilidad": Tuñón de Lara), se habla de "visión del mundo", "actitud mental" (Duby), "coyunturas mentales y climas de sensibilidad" (Mandrou). La precisión de los términos puede evitar los reduccionismos, ayudar a no mezclar a las mentalidades con sus vecinas, a quienes tanto debe y con quienes tanto comparte: la cultura popular, la historia de las ideas, la ideología, la alta cultura.

¿Cómo definir la mentalidad de una sociedad? El problema básico es que la mentalidad, como buen esqueleto, no se deja ver. Si se nos pregunta cuál es nuestra mentalidad respecto a la familia o al amor, por ejemplo, nos veríamos en problemas. La mentalidad atañe más a lo inconsciente que a lo intencional, más a lo latente que a lo explícito, aunque, por suerte para los historiadores, se filtre en las actitudes y en los gestos, en pliegues insospechados de la materia histórica, de la misma manera en que la forma del esqueleto determina nuestros rasgos faciales o la forma de caminar.

La mentalidad no es tan personal como nuestro esqueleto. Contra nuestro narcisismo individualista de final del siglo, la mentalidad se comparte con un colectivo. Somos menos originales de lo que creemos ser. En la historia de las mentalidades se anuda el individuo con lo social y uno de los problemas es determinar hasta dónde

un estudio de caso representa, efectivamente, una mentalidad, determinar cuántos casos particulares se necesitan para poder sacar conclusiones generales.

Otro problema atañe a los ritmos. La mentalidad se genera en lo cotidiano, lo que transcurre al ritmo de la rutina, lento, igual un día y otro, lo que, por lo mismo, ya no percibimos, consideramos normal y no sentimos la necesidad de explicar. Radica en lo que Braudel llamaba "tiempo largo", "prisiones de larga duración" que contrastan con la velocidad que los cambios adquieren en otros carriles de la marcha histórica: la economía, la política, que se mueven más ligeros, aunque también frenados por sus propias estructuras mentales. Duby observa que la historia social debe atender un camino en el que converjan la civilización material y lo mental colectivo, insistiendo mucho en las relaciones entre los diferentes niveles sociales y con la obligación de precisar los ritmos que sigue la dinámica específica de las mentalidades: que abarcan acontecimientos de corta y larga duración.³

Otro problema es precisamente el de encontrar la articulación entre los niveles económicos, políticos, sociales, etcétera, encontrar los vínculos entre ese "más allá de la historia" y la realidad global de su momento, requisito básico para no descontextualizar el tema que se investiga. Los desfases y posibles sincronías con esos otros canales de la sociedad son también claves para precisar la tensión o la holgura que marcan el transcurso mental.

Las fuentes marcan el entramado del investigador. Si, por ejemplo, atiende listas de tributos, es fácil que privilegie el tema económico; si veo imágenes, sucede lo mismo en el tema de las ideas. Pero

es también recurso del historiador mirar con otra mirada, preguntar por aquello que la fuente nunca pretendió informar: la mentalidad actúa en lo implícito, no se manifiesta abiertamente de manera fácil, pero sí se filtra. Será lo no dicho, pero no por eso indiscernible. El historiador de las mentalidades debe aprender a leer lo que significa un gesto, una actitud, debe ver la fotografía a través de su negativo, ver, como hace Alberro, por ejemplo, los papeles de la Inquisición, dejando de lado lo que la mayoría de los mortales asociamos con la Inquisición. El ejemplo no es casual, lo menciono porque los papeles del Santo Oficio son la base de uno de los trabajos que aquí aparecen, pero también porque muestra cómo la violación de la norma es uno de los medios fundamentales para atender a ese substrato de las conductas. En el delito, en la nota roja, en la locura, en los desviados, en los marginados, se retrata lo que la moral social mantiene contenido y decoroso. Es a través de estos casos que accedemos a la riqueza del mundo colonial y que este libro que hoy reseñamos nos sugiere de una manera tan precisa.

En México esta historia la hacen pocas personas. En el INAH, el Seminario de las Mentalidades empezó a producir desde 1979 y ha atendido temas variados: la familia, la sexualidad, la danza, los libros prohibidos, los religiosos solicitantes, etcétera. Sus trabajos se caracterizan por el rigor y por ver tanto la norma oficial como su violación. Creo que ése es un punto que les otorga fuerza a sus pies para apegarse a su tierra de estudio. Los caracteriza también un espíritu comunitario peculiar en nuestros centros de investigación: trabajan y publican sus temas en conjunto, cada uno una pieza de un rompecabezas que, para darnos su

figura, requiere del concurso del esfuerzo colectivo. Son modestos y firman como Seminario. Uno de sus libros es el que ahora nos ocupa.

Los ensayos que se juntan en este texto fueron planteados en el Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades hace varios años. No todos los autores pertenecen al Seminario titular, sino que varios son estudiosos de otras instituciones. Se trata de trabajos que, al decir de Solange Alberro en la introducción, "sólo pretenden avances y no aventuran balance alguno". Como sucede casi inevitablemente con los libros producto de coloquios, los textos analizan temas, épocas, grupos y regiones muy variados, pero, en este caso, estos ensayos comparten un mismo hilo: la relación entre la familia y el poder. Leerlos nos hace cobrar conciencia de la gran cantidad de combinaciones que cada una de ellas puede asumir: familias amplias y nucleares, indígenas y españolas —y aun se incluye como familia una orden religiosa—, relaciones de matrimonio, de amancebamiento, de concubinato. Con el poder sucede lo mismo: el de conquista, el de seducción, el de quien paga, el de disentir. La familia aparece como una institución que puede generar un poder económico, político o social a los sectores de españoles y criollos y que, a menudo, contribuye a la pérdida de dichos poderes en el caso de los grupos indígenas. Tantos casos sugieren un mundo rico, confuso, complejo, ambiguo, interesante y vital, un mundo que se antoja conocer más.

Los ensayos aparecen como piezas sueltas de ese rompecabezas, fragmentos que nos permiten adivinar cuál es la figura global, lo que, además, es otro mérito del trabajo: despierta la imaginación del lector. Todos ellos se fundan en

fuentes de primera mano y remiten a archivos, padrones, epistolarios, etcétera. Sorprende la erudición de los autores.

Familia y poder en Nueva España reúne catorce ensayos y cuatro comentarios, estos últimos de Alfredo López Austin, Teresa Franco, Juan Pedro Viqueira y François Delaporte. Los comentarios devienen casi todos en otras ponencias pues ofrecen información y reflexión, plantean dudas y problemas y amplían sustancialmente los contenidos de los trabajos. A través de los catorce textos viajamos por ciudades y zonas rurales, atravesamos gran parte de la Nueva España en un amplio periodo: del temprano siglo XVI al XVIII. Desfilan por las páginas, y por nuestra imaginación, indios, mestizos, criollos, peninsulares, negros, frailes, novios perseguidos, suegras impertinentes, comerciantes, caciques poderosos... en fin, un mundo vasto de pasiones humanas encarnadas en gentes con nombre y apellido.

Pedro Carrasco, Teresa Rojas Rabiela y José Rubén Romero tocan, con tacto y erudición, un tema cargado de dolor: la imposición del matrimonio occidental a los grupos indígenas y las dificultades que propicia dicha situación. Una se pregunta por la exactitud con que se asumieron de fondo las normas matrimoniales y los cómo se fueron mezclando las mentalidades de conquistadores y aborígenes.

El segundo grupo lo conforman María de los Angeles Romero, Carmen Yuste y John Kicza, que analizan las relaciones entre la familia y el poder económico en grupos poderosos. La primera ponencia lo mira a través del comercio en la Mixteca Alta, Oaxaca en los siglos XVI y XVIII. La segunda con el comercio intercontinental y la tercera destaca el poder que la familia permite a las organizaciones em-

presariales, a través de las relaciones sociales. El peso de las alianzas matrimoniales deviene un factor de primera línea en este cuadro y una se pregunta por los mecanismos que aludían al amor y a la sexualidad en estas condiciones. ¿Cómo no recordar con estos trabajos la obra de François Xavier Guerra en torno a la Revolución Mexicana, cuando analiza el peso destacado de las familias y las relaciones sociales en la élite de poder del porfirismo?⁴

Stella González Cicero explica los problemas que enfrenta una familia simbólica, la de los franciscanos en Yucatán en el siglo XVI, en un trabajo que hace desear del todo el prejuicio de que el poder de la corona española era monolítico. Thomas Calvo rastrea la fuerza de dos familias de burócratas en la Guadalajara del siglo XVII en un texto que sitúa en un largo plazo la costumbre de la corrupción y el despotismo por parte de los poderosos. Esteban Sánchez de Tagle indaga acerca del desarrollo de la familia De la Canal en San Miguel el Grande, siglo XVIII, y cómo pasa de ser una familia de almaceneros a una de productores de lana. También atiende el control ideológico que ejercen a través de la imagen de la Virgen de Loreto.

En otro paquete de ensayos, Lourdes Villafuerte analiza algunos casos de conflictos entre padres e hijos por la elección de novio. Trae un sople romántico al libro y la evidencia de los largos plazos de las mentalidades, al darnos cuenta de que con este tema se nutre mucha de la literatura del XIX y aun del cine del XX. Dolores Enciso recoge la influencia excesiva de tres madres en el matrimonio de sus hijos: se trata, pues, de un tema de actualidad. Solange Alberro encuentra la frecuencia del amancebamiento y el concu-

binato a través de los papeles de la Inquisición. Saca al sol las complejas costumbres sexuales de algunas familias novohispanas.

La ponencia de Serge Gruzinski, que no es comentada, analiza la importancia de las imágenes de santos y de las capellanías para las familias, esto es, alude al peso de lo sagrado, de las representaciones, para el poder. Frederique Langue nos remite a la zona minera de Zacatecas en el siglo XVIII y a la fuerza que en ese contexto adquiere la familia del conde de San Mateo Valparaíso.

Como se puede observar, se trata de una variedad extensa de temas, pero que se tocan por su vínculo con el poder, sea económico, político, social o simbólico. El texto ayuda a romper algunos esquemas, por ejemplo, al mirar a la familia en su relación del poder con lo social se destaca su peso manifiesto con lo público. No podemos verla sólo como el ámbito de lo privado, terreno del reposo del guerrero, que se protege en su isla de los avatares del "afuera". Algunas de las familias que nos muestran estos textos, organizadas como un negocio más, se inscriben precisamente en ese "afuera", sin negar por ello lo privado, lo que permite retomar la continuidad entre un ámbito y otro, contactar las bisagras entre lo micro y lo macro, lo individual y lo social.

Salvo el trabajo de Villafuerte, no encontramos rebeldía entre los miembros del grupo familiar. Kicza hace notar que, a pesar de las posibles dificultades, era muy raro que la familia se desvinculara. En nuestro tiempo la idea resulta extraña: ¿no actuaban como nuestros adolescentes los adolescentes de entonces? ¿no decían: "mi vida es mi vida y nadie influye en ella"? Pareciera que no, que en esas familias las cosas marchaban de

manera más gregaria. Claro que esto se refiere a las familias acaudaladas; seguramente los sectores populares participaban de una menor estabilidad.

Estos ensayos nos permiten adivinar un mundo colonial riquísimo y revuelto, borboteante detrás de una cáscara firme y opaca, aunque no tiesa. Bajo una ley estricta en que se estipula con fiereza lo bueno y lo malo, la virtud y el pecado, se esponja la ambigüedad y el desorden. Entre el dicho y el hecho florece un mundo delirante. Los encargados de administrar la norma parecen lo suficientemente sabios como para no estirar demasiado la cuerda, no prohibir lo incontrolable. Así, mientras el "deber ser" regula el cortejo, desde el "requerir y tratar de amores" hasta los pliegues más íntimos de la intimidad, resulta que muchos no hacían caso de las normas. La tolerancia a la sexualidad fuera de los cauces oficiales del matrimonio los hace moneda corriente. El mundo colonial aparece, entonces, complejo y rico. Miramos la convivencia de diversas "moralidades", según la clase, la raza, la región o el género. En momentos parecen actuar de manera autónoma, en otros percibimos la mezcla o la confusión, como en el caso de Melchor Rodríguez, que rescata Carrasco, español casado con india que se asimila a la cultura autóctona e incluso juega ritualmente a la pelota. Evidentemente la vida cotidiana propiciaba las mezclas en los tratos con las sirvientas: ¿cómo no pensar en

los niños amamantados por las chichigüas? ¿cómo no pensar en las cocinas, donde las especias del país empiezan a aparecer, o en los filtros de amor que algunas españolas o criollas podían solicitar de las yerberas indias? Una cosa es cierta: se antoja saber más.

Por la propia definición de este volumen no podemos seguir un proceso de cambios y continuidades en la organización de la familia. Un trabajo así implicaría una mirada global, fluida, y aquí se suman temas parciales. Eso implicaría hacer otro libro. Pero éste resulta tan rico en información que me atrevo a provocar a los autores para que lo intenten, a pedirles que salgan de los temas concretos y procuren una explicación global del tema al que tantos esfuerzos han dedicado.

Para concluir, quisiera remarcar el mérito que, a mi modo de ver, hace más importante este texto. En historia, por la atención a lo macro, es fácil perder la perspectiva de los casos concretos y confundir la práctica social con el modelo impuesto. Creer, por ejemplo, que en el pasado las madres sí podían primero apapachar y luego dejar ir libremente a la prole. Parece como si las tribulaciones y conflictos que nosotros vivimos nos pertenecieran por el hecho de estar vivos. En historia atendemos a los muertos y éstos se cristalizan, se hacen de una sola pieza: o era un santo o un villano. Nos reservamos para el mundo de los vivos las dudas, las ambivalencias, las contradiccio-

nes, porque parecen parte inseparable de la ambigüedad de la existencia. Estos textos tienen la virtud esencial de traer vivos a los muertos, esto es, navegando entre las dudas y las certezas, entre la valentía y la cobardía, entre la generosidad y el egoísmo. Les pone carne, les da calor. Se puede jugar con ellos. El juego consiste en elegir un personaje favorito y pensar lo que se le podría decir, cómo darle palabras de aliento o de admiración, cómo reclamarle. Elegir al personaje temido e intentar entenderlo de acuerdo a sus esquemas, cultura y sociedad. En ese esfuerzo se hacen evidentes, también, nuestros propios esquemas, valores, prejuicios y afectos. Un libro que permite la opción de entender pero, además, de jugar, vale la pena de ser leído.

Notas

¹ Fernand Braudel, "Domina la parola 'cambiamento'", *Corriere della sera*, 7 de mayo 1982.

² Jacques Le Goff, "Las mentalidades. Una historia ambigua", *Hacer la historia*, vol. III, Barcelona, Ed. Laia, 1980.

³ George Duby, "La historia social como síntesis", *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, SEP, 1976 (Colección Sepsetentas, 280).

⁴ François Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 vols., México, FCE, 1988 (Sección de Obras de Historia).